

GARCÍA SANJUÁN, Alejandro: *La conquista islámica de la península Ibérica y la tergiversación del pasado. Del catastrofismo al negacionismo*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2013, 468 pp. + secuencia cronológica, imágenes e índices analíticos. Prólogo de Maribel Fierro [ISBN: 978-84-92820-93-1].

Como se vislumbra en el título del libro de Alejandro García Sanjuán que aquí presentamos, *La conquista islámica de la península Ibérica y la tergiversación del pasado. Del catastrofismo al negacionismo*, las cuestiones historiográficas se imponen sobre la reconstrucción de los procesos históricos en este trabajo que centra su atención en los acontecimientos que se desencadenan con la llegada de los musulmanes al mediodía peninsular en una fecha tan trascendente y manida como es la del año 711. Partimos de esta aseveración teniendo en mente la pluralidad de significados que engloba el término historiografía. Con él, se puede hacer referencia tanto al estudio de las fuentes escritas, como al de la producción bibliográfica de carácter histórico e, incluso, aludir al modo de hacer Historia<sup>1</sup>. Pues bien, aunque el

1. Basta reproducir, para probarlo, las tres definiciones que recoge el diccionario

autor no renuncia a ofrecer su propia visión de la conquista islámica, los tres aspectos con los que se vincula el término historiografía figuran entre los rasgos más distintivos de esta monografía. La obra no sólo contiene una rigurosa presentación de las fuentes que aportan información sobre la expansión musulmana, sino que el análisis crítico de la bibliografía sobre el tema es explícito y recurrente a lo largo de todo el trabajo. Dicho análisis crítico se transforma en abierta y ardua polémica cuando García Sanjuán se enfrenta, con contundencia, a la tergiversación del pasado que realizan los que cuestionan que la conquista islámica de la península haya tenido lugar. En palabras de Maribel Fierro, que es quien prologa la obra, prevalece en esta monografía el interés del autor «por las formas con las que tanto historiadores como los que no lo son se han aproximado a dicha conquista, centrándose sobre todo —para refutarla— en la interpretación que denomina «negacionista» (p. 13). Al hacerlo, ofrece una excelente lección tanto de lo que debe hacerse cuando se escribe Historia como, sobre todo, de lo que no debe hacerse, aspectos que están directamente relacionados con esa tercera acepción del concepto historiografía que antes mencionábamos.

Tras una «Introducción» (pp. 17-25), en la que se hace un rápido

recurso de los estudios más destacados sobre la conquista musulmana de la Península y se anuncia ya en qué consiste el negacionismo, el cuerpo del texto se estructura en cuatro grandes capítulos que llevan por título los cuatro interrogantes generales que se plantea el autor: «¿por qué la conquista ha sido un hecho histórico tergiversado?», «¿existen testimonios históricos confiables sobre la conquista?», «¿cuál era la identidad de los conquistadores?» y «¿por qué triunfaron los conquistadores?». Sus esclarecedores títulos, así como los de todos los apartados en los que se divide cada uno de ellos, son buena muestra del carácter didáctico que preside toda la obra.

«¿Por qué la conquista ha sido un hecho histórico tergiversado?» es la primera cuestión a la que se enfrenta García Sanjuán en el primer gran capítulo del libro (pp. 27-147). Para responderla, en los dos primeros epígrafes de los cuatro en los que se divide este apartado, se contraponen las distintas versiones de la conquista que proporcionan las crónicas latinas y las fuentes árabes. Las primeras contienen la visión catastrófica que caracteriza el discurso de los vencidos, para quienes la llegada de los musulmanes a la península provocó la «ruina», la «pérdida de España». Radicalmente distinta, aunque compartiendo la misma concepción providencialista de la Historia, es la visión triunfalista y edulcorada que elaboran los vencedores. Ésta se sintetiza a la perfección en el concepto *fath* que emplean los cronistas árabes para designar la expansión musulmana con el propósito de transmitir la idea de que las poblaciones de los territorios conquistados aceptaron, de buen grado, la llegada del Islam, una

---

de la Real Academia española: 1. Arte de escribir la historia; 2. Estudio bibliográfico y crítico de los escritos sobre historia y sus fuentes, y de los autores que han tratado estas cuestiones; 3. Conjunto de obras o estudios de carácter histórico ([www.rae.es/recursos/diccionarios](http://www.rae.es/recursos/diccionarios). Acceso 5 de octubre de 2014).

óptica que se ha mantenido, como demuestra el autor con ejemplos representativos, en buena parte de la historiografía árabe moderna. Por su parte, el discurso historiográfico elaborado por el nacionalismo españolista decimonónico, asumiendo sin reservas la versión de los vencidos, hizo surgir la interpretación que llegó a su apogeo en el periodo de la dictadura franquista y que, convertida en parte integrante de la memoria histórica de este país, ha pervivido hasta la actualidad. Dicha interpretación puede resumirse, como sostiene el autor, «en un sencillo axioma: la invasión islámica de España causó una catástrofe nacional» (p. 35). La afirmación, aunque extremadamente sucinta, refleja sin ambages dos de los tópicos inherentes a la más rancia tradición españolista: la consideración de la nación española como una realidad atemporal, siempre existente, y la caracterización de la conquista como «invasión», un concepto que, al indicar una ocupación irregular del territorio, está, implícitamente, deslegitimizando la acción de los conquistadores. El extenso uso del término, presente incluso en investigadores que en absoluto comparten la interpretación de corte nacionalista, lleva al autor a concluir el primer capítulo con un apartado titulado «Invasión y conquista, dos caracterizaciones distintas de 711» (pp. 144-147), en el que, recopilando ideas ya previamente expuestas, defiende la necesidad de desterrar definitivamente de la bibliografía especializada el uso del término invasión. Por carecer de connotaciones valorativas, «conquista» es el único concepto que considera idóneo para definir el proceso que se inicia en el 711.

Antes de cerrar el primer interrogante con esta reivindicación terminológica, el autor dedica un amplio apartado, el tercero de este capítulo (pp. 70-144), que titula, «El negacionismo: un fraude historiográfico», a la que considera la más extravagante de las distorsiones a las que ha sido sometido el estudio de la conquista islámica de la península. Comienza dibujando la trayectoria vital del creador de esta corriente interpretativa, Ignacio Olagüe Videla (1903-1974), un aficionado a la Historia, de origen vasco, vinculado ideológicamente al fascismo, cuya obra, *Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, fue publicada en Francia en 1969. Cinco años más tarde, en 1974, vio la luz, una segunda versión, más extensa, y esta vez editada en España, bajo el título de *La revolución islámica en Occidente*, en la que Olagüe niega la conquista musulmana del 711 para poder explicar el origen y los logros de la civilización andalusí como fruto de fuerzas autóctonas, como producto exclusivo del «genio nativo». Descrito y contextualizado el nacimiento del negacionismo, García Sanjuán pasa, a continuación, a analizar cómo y por quiénes han sido difundidos sus postulados: rápidamente asumidos por los representantes del andalucismo, no reciben, en cambio, respaldo académico y especializado hasta que en el 2006 el arabista E. González Ferrín, publica su *Historia general de al-Andalus. Europa entre Oriente y Occidente*, obra que le convierte en el máximo apolo-gista actual de las tesis negacionistas. Se concluye este apartado recopilando los pronunciamientos en contra del negacionismo que han surgido en el ámbito académico, tanto nacional como internacional.

El capítulo II (pp. 149-253) lleva por título el siguiente interrogante: «¿Existen testimonios históricos confiables sobre la conquista?». Para demostrar su existencia, que considera incuestionable, el autor realiza una exhaustiva y sistemática presentación de las fuentes disponibles en los tres primeros apartados de este capítulo. Comienza por el registro material, centrándose en la valoración de la información que proporcionan las primeras acuñaciones musulmanas y los sellos de plomo, unos precintos metálicos que son una de las más recientes e importantes aportaciones de la arqueología. Por ser plenamente coetáneos a la conquista y tratándose de útiles necesarios que, a diferencia de las fuentes escritas, «no fueron concebidos para generar una memoria histórica determinada» (p. 135), ambos tipos de objetos se convierten en pruebas irrefutables de la imposición del poder musulmán en los territorios visigodos. En cuanto al registro literario, el autor empieza acercándonos a las fuentes latinas, que son las más cercanas a los hechos. Tras describir las problemáticas que presentan tanto los textos latinos de procedencia peninsular, como los extrapeninsulares, pasa a presentarnos las fuentes árabes, que constituyen, por su abundancia y diversidad de géneros, el *corpus* literario principal para estudiar la expansión islámica. Debido a su redacción tardía, a su fuerte vinculación a las esferas del poder y a que contienen leyendas y relatos fantásticos, su utilidad para la reconstrucción histórica ha sido, a menudo, cuestionada. De hecho, su descalificación sistemática es uno de los argumentos que más han esgrimido los defensores del negacionismo

para rechazar la conquista del 711. El autor lo destaca consagrando el cuarto y último apartado de este segundo capítulo (pp. 233-253) a analizar cómo han tratado los testimonios históricos. Con ejemplos significativos, demuestra que, sólo realizando flagrantes manipulaciones de la documentación disponible, han podido mantener las que no duda en calificar de «afirmaciones completamente disparatadas» (p. 246). Representativo al respecto es el afán que muestran en desdeñar las más antiguas menciones del profeta Mahoma, una anulación de referencias que resulta obligada para poder «caracterizar el origen del Islam como una «herejía» cristiana, carente de identidad y personalidad propias» (p. 249).

Las palabras de García Sanjuán que acabamos de reproducir adquieren pleno significado tras la lectura del primer apartado del tercer capítulo del libro (pp. 257-277), en el que se exponen las ideas de los negacionistas sobre la identidad de los conquistadores. Según ellos, los contingentes norteafricanos que llegaron a la península en el 711 no eran aún auténticos musulmanes<sup>2</sup> porque el Islam, que consideran fruto de la pugna que se dio entre el unitarismo arriano, que aún suponen vigente en el siglo VIII, y el trinitarismo católico, no culminó su desarrollo hasta mediados del siglo IX.

2. González Ferrín llega incluso a identificar a los conquistadores con «cuerpos paramilitares ... reductos de visigodos, vándalos, suevos, alanos, restos de bizantinos, mercenarios de toda índole ... latino parlantes e iguales en religión» a los peninsulares, como demuestra García Sanjuán transcribiendo sus afirmaciones (pp. 264-265).

Antes de refutar estos postulados, que implican una completa reformulación del origen y la expansión del Islam, el autor consagra los apartados centrales del capítulo III (pp. 277-323), a revisar los distintos tipos de testimonios del primer siglo de la hégira que, tanto en Oriente como en la península, permiten probar que los conquistadores poseían ya una identidad árabe e islámica. La crítica latente de los autores negacionistas que contiene esta revisión de testimonios, se vuelve explícita y razonada en el tercer y último apartado de este capítulo IV (pp. 323-357), donde se combaten, con sólidos argumentos, las propuestas de Olagë y González Ferrín sobre la pervivencia del arrianismo, la tardía formación del Islam o el decisivo papel desempeñado por la tradición púnica en la arabización de al-Andalus. Así mismo, se denuncian algunas de sus formas de proceder, en concreto, que se dediquen a crear una terminología de cuño propio sin respaldo en las fuentes o que rechacen la existencia de una literatura mozárabe antimusulmana por contraponerse a sus razonamientos.

Con la pregunta, «¿por qué triunfaron los conquistadores?» se da título al cuarto y último capítulo del libro (pp. 359-439). Es en él donde el autor aporta su propia visión de la conquista musulmana de la península, abandonando ya la refutación del negacionismo que ha presidido el resto de la obra. Tras rechazar la, tantas veces apuntada, supuesta rapidez y facilidad de la conquista peninsular que, en realidad, se prolongó durante bastante más de una década, dedica el primer apartado de este capítulo (pp. 363-384) a analizar qué situación se vivía en la *Hispania* visigoda en los

momentos previos a la llegada de los musulmanes. Realiza una pequeña reconstrucción de los acontecimientos que se desencadenan con la muerte de Witiza después de haber sintetizado las dos tendencias contrapuestas que pueden identificarse en los estudios sobre el fin del reino de Toledo: la tradicional, que vincula el éxito de los conquistadores a la fuerte crisis interna por la que atravesaba el *regnum*, y la más reciente, que, defendiendo la fortaleza del Estado visigodo, achaca la derrota ante los musulmanes a factores meramente coyunturales. Considerando que ambas explicaciones no tienen porqué ser excluyentes, explica el triunfo musulmán tanto en función de las debilidades estructurales y coyunturales de la monarquía visigoda, como de la propia acción de los conquistadores, a cuyo estudio dedica el segundo apartado de este capítulo (pp. 384-408). Aunque reconoce que las distintas versiones de los hechos que contienen las fuentes no siempre permiten establecer ni quién realizó la conquista ni cuál fue el mecanismo de sumisión de las ciudades que fueron cayendo en manos de los musulmanes, García Sanjuán presenta, en primer lugar, los casos en los que parece haber predominado la conquista armada para centrarse, después, en los episodios en los que se dieron pactos de capitulación. Reserva, para el tercer apartado del capítulo (pp. 408-417), el análisis de la imposición del poder musulmán en los territorios septentrionales de la península, un apartado en el que también defiende que el nacimiento de la nueva entidad política, el reino de Asturias, ha de ser visto como «una más de las transformaciones producidas por la conquista

musulmana» (p. 409). Concluye el capítulo con un cuarto apartado donde, como deja vislumbrar el título, «Conquista o sumisión» (pp. 417-439), se trata de esclarecer si predominó la conquista armada o el establecimiento de capitulaciones en el proceso de formación de al-Andalus. El problema deriva de que las fuentes árabes parecen mostrar interés en destacar una u otra forma de imponer el control del territorio. Tras volver a defender que el único término válido para caracterizar la imposición de la autoridad musulmana en la península es el de conquista militar, alegando, en esta ocasión, que «la formalización de los pactos estaba condicionada por la posibilidad del empleo de la fuerza» (p. 424), los tres epígrafes que conforman este apartado vuelven a adquirir los tintes de polémica historiográfica que caracteriza a buena parte de la obra, pero ahora las críticas ya no van dirigidas contra los negacionistas, sino que tienen por objetivo refutar el que el autor reconoce como el único intento de «explicación coherente sobre las divergencias entre los distintos relatos de las fuentes árabes» (p. 423), el realizado por Eduardo Manzano. En realidad, García Sanjuán no cree que puedan identificarse en las crónicas árabes dos tradiciones contrapuestas, lo que, ya de por sí, anula buena parte de la propuesta de Manzano que descubre, en esas distintas tradiciones, visiones partidistas que buscan defender los intereses contrapuestos en relación a la propiedad de las tierras de la dinastía omeya y de los descendientes de los conquistadores.

Se cierra el cuerpo del texto con unas consideraciones generales, en las que, a modo de conclusión, se recogen

las principales ideas que se han defendido a lo largo del trabajo. Les sigue la recopilación de las fuentes, listándose, en primer lugar, las fuentes árabes, a continuación, las traducciones de las mismas y, por último, las fuentes no árabes, para concluir con la enumeración de las referencias bibliográficas.

No quiero terminar esta reseña sin destacar el que considero uno de los aspectos más encomiables de este trabajo. Me refiero a la precisión terminológica y a la claridad expositiva que se observa a lo largo de toda la obra. Gracias a ello, el autor consigue hacer fácilmente comprensibles unas problemáticas históricas que son extremadamente complejas.

M.<sup>a</sup> del Rosario Valverde Castro  
Universidad de Salamanca